NOTAS

UNA RAZÓN PARA VIVIR

Julían Meza*

*Nuestra felicidad o infelicidad personal,
nuestra condición terrenal tiene una gran
importancia en relación con lo que escribimos:*
Natalia Guinzburg, *Las pequeñas virtudes*.

1

El XX fue un siglo de apariciones y desapariciones. Aparecieron la luz, el telégrafo, las fronteras y los pasaportes, el teléfono, los automóviles, los derechos de la mujer (no en todas partes, ni siempre reales), los aviones, la teoría de la relatividad, la radio, la trivialización de la cultura, la televisión, los rayos láser, la píldora, las computadoras, sofisticados instrumentos para el crimen y para esa otra forma del crimen que es la guerra, nuevos y terribles regí-

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

menes políticos, deportaciones en masa, Auschwitz, genocidios, el Gulag, destierros, exilios, el Sida, las armas de destrucción masiva de los norteamericanos, de sus vasallos y de sus rivales. Desaparecieron millones de hombres asesinados en tiempos de paz y durante las numerosas guerras, imperios corroídos por la intolerancia y la insensatez, viejas formas de vida, grandes o anticuados valores, jóvenes repúblicas, ilusiones, esperanzas. Nunca antes un siglo había visto aparecer y desaparecer tanto y tan rápidamente.

Muchos fueron los testigos de esas apariciones y desapariciones, pero pocos las consignaron conscien-

NOTAS

130

tes de sus alcances y significados. Los historiadores les han dedicado numerosas páginas, pero con frecuencia sus enfoques se han visto empañados por el dogmatismo propio de las ideologías o de las creencias, su sometimiento a los poderosos o sus compromisos con causas que sólo parecían justas. Los artistas plasmaron algunos de sus momentos más alentadores o terribles en lienzos, esculturas, obras de teatro, fotografías, películas, documentales, coreografías y partituras. Pero quizá fueron los escritores quienes mejor supieron penetrar en los misterios de un siglo hecho de grandezas y miserias, tentadoras promesas y desarmantes desilusiones. La lista de quienes supieron observar con atención apariciones y desapariciones y ver más allá de los acontecimientos del momento no es muy extensa. Fueron muy pocos, y entre ellos destaca un escritor cuyas obras, lamentablemente, no han tenido la recepción que merecen: Victor Serge.

2

Serge nació bajo el signo de nómada. Hijo de perseguidos políticos, fue una especie de moderno Ahasverus. Nieto de sedentarios, erró desde su nacimiento. Murió bajo el mismo signo. La trashumancia fue una de

sus constantes: nació, vivió y murió en el exilio. Aun en la Unión Soviética fue un desterrado.

A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, Serge hizo el siglo XX escribiéndolo en los hechos y rescribiéndolo en sus libros. Muchos lo recorrieron sin dejar un testimonio de su escritura, o lo rescribieron desde fuera y, con mayor frecuencia, desde lejos, ignorantes de lo que ocurría en verdad o, peor aún, armados de mentiras. Él no escribió el siglo como protagonista empeñado en destacar, sino como discreto personaje convencido de que era posible hacer un mundo mejor sin recurrir a las ruindades. Y lo rescribió de forma original. Su extensa obra es un valioso testimonio de lo que fue la primera mitad del siglo XX, tanto por lo que Serge vivió y presenció muy de cerca, como por sus precisas observaciones en sus ensayos y en sus novelas, en particular acerca del régimen totalitario que lo acosó sin tregua. Serge utilizó la palabra totalitarismo antes que se generalizara y aun se banalizara como concepto político. Le sirvió para caracterizar las atrocidades propias del régimen surgido de la revolución rusa, y ocupa un espacio importante en las páginas de *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*. Este libro fue publicado en Francia (1951), con un título elegido por el editor: *Memorias de un*

NOTAS

revolucionario. Hace poco fue publicado en México (2002) por Siglo XXI editores y difiere en varios aspectos de la primera edición por los cambios que hizo el autor y por los borradores que ahora se incluyen. Con su nuevo título el libro gana en precisión, pero no cambia en absoluto la condición de su autor. Serge fue anarquista (sin bomba) y participó en las tareas más alentadoras de la revolución rusa al lado de los bolcheviques. Por esto fue un revolucionario. Fue más revolucionario cuando formó parte de la oposición de izquierda en la URSS. Fue todavía más revolucionario cuando se opuso a la pena de muerte para los enemigos inventados por el sistema político-policíaco en la URSS e hizo la crítica del totalitarismo soviético y aun de sus críticos, incluido Trotsky. Pero también fue mucho más que un revolucionario. Se sirvió de la palabra con acierto cuando otros (la mayoría) callaban. Como político no aceptó, primero, los excesos de los anarquistas y, después, las infamias del régimen puesto en pie por Lenin y su cohorte de canallas. Además, nunca conoció el resentimiento que llevó a otros, tras el desencanto, a pasar al bando de los enemigos del hombre que se oponían (y se oponen) a la creación de una sociedad más humana al hacer del mundo un lugar cada vez más inhabitable. Como político y como escritor estuvo del

lado de los débiles, de los marginados, de los perseguidos, de los que sufren iniquidades, de una juventud pobre y sin porvenir (en ocasiones seducida por el nihilismo), que en nuestros días se ha multiplicado aun en los países más prósperos y ha sido empujada a elegir como forma de vida el conformismo. Su manera de estar en el mundo fue la solidaridad, que hoy es mera mercancía política, grosera propaganda. También como escritor (y éste es uno de sus grandes méritos) fue más allá de la denuncia de lo arbitrario y lo criminal en todas sus modalidades. Además de estar siempre atento a los acontecimientos, su sensibilidad y su inteligencia lo llevaron a formular diversas interrogantes que trascienden el ejercicio de la política al ser una reflexión sobre la naturaleza de lo político y, a fin de cuentas, de lo humano.

3

Aun cuando convivió con anarquistas rusos, belgas, franceses y españoles siempre se opuso a la violencia. En los primeros años de su experiencia soviética creyó que la fuerza era necesaria para derrotar a los enemigos de la revolución de dentro y de fuera (p. 75-7), pero después rectificó porque no era ajeno a la autocrítica. Creyó en la fuerza porque tenía

NOTAS

132

confianza en Rusia y en una revolución con pretensiones internacionales, pero poco a poco descubrió que los partidarios del internacionalismo estaban poseídos por un feroz patriotismo y llevaban a cabo una guerra fratricida contra sus enemigos (los blancos), sus partidarios, sus compañeros de viaje y, a fin de cuentas, contra ellos mismos. Y precisamente por esto los revolucionarios rusos no eran diferentes de sus enemigos. Al igual que éstos, propiciaban situaciones en las que la gente era víctima del hambre, las enfermedades, el frío. Unos y otros asesinaban y justificaban sus crímenes con mentiras. Esto era lo que hacía a cada paso la policía política, la Cheka, de cuyas monstruosidades da cuenta Serge en muchas páginas de su libro. Es verdad que en ocasiones los chekistas torturaban y asesinaban por su cuenta, pero también es cierto que la Cheka fue una creación del alto mando bolchevique y en esta medida sus crímenes remiten a las altas instancias revolucionarias, como ocurrió durante la insurrección popular en Cronstadt, cuando, cuenta Serge, un ultimátum firmado por Lenin y Trotsky fue ‘concebido en términos indignantes’: ‘Ríndanse o serán ametrallados como conejos’ (p. 133). Y los ametrallaron y acabaron con toda resistencia al nuevo poder opresivo. Y de aquí que Serge advier-

ta con claridad: ‘el totalitarismo está en nosotros’ (p. 138), e inducido por ‘la piedad del recuerdo’ (p. 149) haya dado cuenta de los desaparecidos cuyo nombre fue borrado de la historia por sus secuestradores, y de muchos de aquellos que, víctimas del terror, perecieron en el anonimato. El mismo Lenin, aterrado ante su propia obra de destrucción, confesaba al doctor Goldemberg al principio de su enfermedad: “¡Cuánto habremos demolido! ¡Para eso sí que hemos sido capaces!” (p. 179). Pero la confesión era inútil porque la maquinaria de destrucción que había sido puesta en movimiento ya no daría marcha atrás, y cuando no aniquilaba selectiva o indiscriminadamente conducía a las personas al suicidio. Así desaparecieron el metalúrgico Lutovinov, Glazman, Evguenia Bogdanovna Bosch, el cuentista Andrei Sobol y los poetas Serguei Essenin y Maiakovski, entre muchos otros.

Junto con el crimen, la rapacidad proliferó en la sociedad revolucionaria cuando se introdujo la Nueva Política Económica (la NEP). “El comercio al por menor –escribe Serge–, es decir la distribución de artículos manufacturados, ha pasado a las manos de las empresas privadas, que han derrotado a la cooperación y al comercio estatizado.” Y se pregunta, no sin cierto asombro: “¿De dónde salieron esos capitales,

NOTAS

inexistentes hace cinco años?” Su respuesta es precisa: “Del robo, de la especulación fraudulenta y de las más hábiles chicanas. Unos mercaderes fundan una falsa cooperativa; dan propina a los funcionarios a fin de que se les atribuyan créditos, materias primas, pedidos. Ayer no tenían nada, el Estado socialista les ha proporcionado todo en condiciones onerosas, porque los contratos, las convenciones, los pedidos, todo está falseado por la corrupción” (p. 206). Los efectos de esa nueva situación fueron obvios: “La fea marca del dinero ha reaparecido sobre todas las cosas. Las abarroterías tienen escaparates suntuosos, llenos de frutas de Crimea y de vinos de Georgia, pero un cartero gana unos cincuenta rublos al mes. Ciento cincuenta mil desempleados, sólo en Leningrado: la pensión que reciben varía entre veinte y veintisiete rublos por mes” (p. 204). Sin que haya sido precisa otra revolución, casi cien años después la historia se ha repetido, otra vez como farsa, y no sólo en la Rusia de los Yeltzin, los Putin y los Verezovski, en donde un profesor universitario gana cincuenta dólares al mes, sino en prácticamente todo el mundo, en el que prevalecen los fraudes y la corrupción, en donde individuos que ayer no tenían nada han acumulado grandes fortunas especulando a la sombra del estado y disfrutan de pro-

ductos suntuarios mientras el desempleo hace estragos y más de la mitad de la población del planeta vive en el umbral de la miseria. ¿Y qué hace frente a esto la mayoría de los intelectuales de hoy? Imita a sus pares de ayer sin necesidad de estar mansamente sometidos al despotismo soviético. “Los dramaturgos, Shchegolev (el historiador) y Alexis Tolstoi, con piezas fáciles sobre Rasputín y la emperatriz, amasan rublos por centenares de millares, y el sueño de muchos de nuestros jóvenes escritores es imitarlos” (p. 207).

Debido a su capacidad crítica, Serge fue un disidente *avant la lettre*. Y por esto y por su ‘fidelidad doctrinal y sentimental al partido’ (p. 247) los dirigentes comunistas que, al igual que los pontífices de Roma, creían en su infalibilidad, lo condenaron a la cárcel, a la deportación y, finalmente, al exilio.

Al borde de la muerte por una oclusión intestinal, tras su primera salida de la cárcel decide hacerse escritor (p. 265) y, al igual que Maiakovski, hace frente con la pluma a

“la mierda petrificada del presente...”, de la que da cuenta el gran poeta ruso en su último poema: *A plena voz*.

NOTAS

4

La prosa de Serge es áspera cuando es preciso, porque escribe sin hacer concesiones, tanto en sus ficciones como en sus ensayos. Así es en sus *Memorias de un mundo desaparecido* y en sus novelas, entre las que destacan *Si es medianoche en el siglo* y *El caso Tulaiev*. Pero su escritura también es tersa porque, pese a todo, conserva la esperanza. La capacidad destructiva de los hombres hizo desaparecer todo aquello que apuntaba a la creación de una sociedad menos injusta, pero Serge se mantuvo firme en sus convicciones porque, a fin de cuentas, al escribir tenía confianza en la capacidad creadora del ser humano.

134

Al dar cuenta de sus experiencias como persona y como escritor en *Memorias de un mundo desaparecido* Serge va más allá de los acontecimientos y se interroga acerca de la condición humana. De hecho se pregunta ¿por qué el crimen y la mentira cuando supuestamente se quiere construir un mundo mejor? Aunque Serge creía en la capacidad constructiva del hombre no ignoraba su capacidad para la destrucción, pero no se paraliza ante sus estragos porque pese a todos los sufrimientos que se le impusieron conservó su voluntad de felicidad. Ésta fue su razón para

vivir, consignada en una sensible escritura.

En *La Europa de ayer* Stefan Zweig da cuenta, con explicable nostalgia, de un modo de vida anterior a la Primera guerra mundial y a la revolución rusa. Ya desgarrado, algo de esa manera de vivir sobrevivió hasta la Segunda guerra mundial, cuando desapareció casi por completo. Hasta entonces había sobrevivido un poco de civilidad, que el triunfo de la barbarie anuló y condujo a Zweig al suicidio, en Brasil, en 1942. *Memorias de un mundo desaparecido* nos habla, con cierta tristeza, de la desaparición de un mundo que se quiso hacer y que la barbarie impidió. No obstante el fracaso de la empresa Serge mantuvo la esperanza hasta que la muerte lo sorprendió, en México, en 1947. Aunque se trata de dos escritores en cierta medida diferentes, en ambos prevalece la creencia en un mundo mejor, que hoy parece alejarse de nosotros cada vez más.